

LA HUELLA DE RUBEN DARÍO EN GUATEMALA

RIGOBERTO BRAN AZMITIA

A un siglo exacto del nacimiento de Rubén Darío, Guatemala le ha recordado y a la vez glorificado. Se le ha dado su nombre a la Escuela del barrio de Jocotales, la Biblioteca Nacional propició un acto académico y fue el licenciado José María Alemán el encargado de situar al cantor de renombre universal en "la Guatemala de 890", la Hermeroteca Nacional colocó su fotografía en su Galería de periodistas y escritores distinguidos —ya fallecidos y además, tiene en exhibición la preciosa joya *El Correo de la Tarde*", el periódico que Darío fundó, junto con Gómez Carrillo, en 1890-91. La Logia Masónica, organizó en su memoria una tenida literaria, la Asociación de autores y amigos del libro nacional, patrocinó una conferencia del doctor Manuel Chavarría Flores, y la Municipalidad ha colocado la primera piedra de lo que será *La Plaza Rubén Darío*, en la Nueva Guatemala de la Asunción.

Justo, pues, es reseñar brevemente, el tránsito de Rubén Darío en la Nueva Guatemala de la Asunción, en 1890, cuando tenía 23 años y fundó *El Correo de la Tarde*, y en 1915, cuando enfermo, buscaba el cementerio de su ciudad natal, allá en Nicaragua.

Darío llegó a Guatemala huyendo de los hermanos Ezeta, quienes por la fuerza, se habían apoderado del gobierno, provocando así, por golpe de ingratitud, la muerte del presidente Menéndez. Allá se había casado con Rafaelita Contreras, por lo civil, y disponíase a entrar en paz con Dios cuando la violencia lo lanzó a las playas guatemaltecas.

Arribó a Guatemala en un día de fiesta el 30 de Junio de 1890. Buscó a sus amigos Palma, el poeta cubano, Ramón A. Salazar y Lainfiesta y de inmediato se supo, en los círculos literarios y políticos, que el celebrado poeta se encontraba en Guatemala. La noticia del derrocamiento del presidente salvadoreño había llegado a Guatemala, sin mayores detalles, por lo que el presidente Barillas le mandó a llamar para preguntarle qué había pasado. Darío acudió a casa presidencial y refirió todo. Barillas, que mantenía buenas relaciones con Menéndez, le ordenó que publicara en el *Diario de Centro América* "La crónica del derrocamiento del presidente". Darío publicó su sensacional reportaje "La Historia Negra".

Este reportaje, que pone en evidencia la calidad de Darío como periodista, apareció en *Diario de Centro América* el 2 de Julio de ese año, con el seudónimo de Tácito.

Barillas se complace de la crónica, lo mismo que los hombres de Gobierno, los literatos, viejos y jóvenes rodean al ilustre visitante. Y Darío se convierte en tema del día en los cenáculos literarios y en los corrillos políticos. De ahí que las columnas de *Diario de Centro América* reciben sus colaboraciones. Versos nuevos, reproducciones y prosas ligeras. Todo el mundo solicita su amistad, y los directores de periódicos, de momento, le reclaman la "exclusividad" para el *Diario de Centro América*, por lo que Darío decide colaborar con *El Imparcial*, periódico regentado

Y da a la vez algo a la revista *Guatemala Ilustrada*. Dicho sea de paso, estos periódicos, con el *Correo de la Tarde*, están en exhibición en la Hermeroteca Nacional.

Hay juventud, vigor y ante todo, talento. Darío se convierte en epicentro de la intelectualidad guatemalteca. Por donde quiera que va, se le señala como el poeta prodigio. Improvisa, habla y opina de la política centroamericana. Y como el gobierno entra en dificultades con el gobierno de El Salvador, el general Barillas le propone hacerlo propietario y director de un periódico. *El Correo de la Tarde*, Darío acepta. Sabe que cuenta con el apoyo pecuniario del Estado y con la colaboración del poeta y abogado Francisco Lainfiesta, propietario de la Tipografía Unión, 8a calle y 4a avenida (hoy Tesorería Nacional).

Para la escogencia de su plana mayor intelectual, para el *Correo de la Tarde*, no hay condiciones. De consiguiente, Darío descubre a Gómez Carrillo, quien hacía sus pinos en *El Imparcial* y hasta se atrevía a enjuiciar la obra del gran don José Milla; José Tible Machado, Soto Hall, César Conto, poeta colombiano, del nicaragüense Esaú Delgado, de Francisco Gavidia y Alberto Masferrer, salvadoreños recién llegados al país después de la caída del presidente Menéndez.

Darío tiene amistad también con los hombres maduros de la intelectualidad guatemalteca. Palma, le acoge en la Biblioteca Nacional y Darío bebe fecundamente, Pujol le alienta, fraterniza con el ecuatoriano Federico Proaño, don Francisco Lainfiesta le apadrina en todo sentido; Joaquín Méndez, le da su casa. *La Guatemala de 1890* es cuna de la intelectualidad centroamericana. Pero también es meca otros escritores, provenientes de suramérica la buscan. Conto, colombiano, Pujol, español, Proaño, ecuatoriano. Hay vida y hay inquietud.

El primer número del periódico El Correo de la Tarde sale de las prensas de la Tipografía Unión un 8 de Diciembre de 1890. Esto motiva que don Francisco Lainfiesta, poeta y dueño de los talleres, salude al primer hijo intelectual de Darío, en Guatemala, que Azul, su famoso libro fue el segundo. Hay fiesta y brindis. Se elogia los propósitos del Editorial: hacer cultura, servir a Guatemala y a Centro América y dar información de lo que acontece en el mundo.

Enrique Gómez Carrillo, publica sus Ripios Literarios, Tible Machado escribe su Conversación Literaria, se publica la primera parte, en folletín, de la novela Enriqueta. Darío escribe con el seudónimo de John Truth "Viaje al país de la Esterlina".

Y el periódico sigue saliendo. Junto a los versos de Darío, entre otros: "Qué son los poetas", "La Tragedia del toro", de su obra biográfica A de Gilbert (nombre de Pedro A. Balmaceda, chileno, muerto en Chile), están las colaboraciones literarias de Gómez Carrillo, Tible Machado y de otras ensoñaciones literarias. Pero también está la información general del país, de lo que pasa en el interior de la República, de lo que ocurre en el mundo. Se habla del comercio, de la industria. De todo.

Pero el Correo de la Tarde murió por haberlo suprimido el gobierno. Se habían agotado los fondos y los periódicos opositores al régimen, veladamente, pedían que se hicieran economías.

Y en tanto que El Correo de la Tarde entraba en agonía, Darío contraía matrimonio religioso con su esposa Rafaela Contreras, venida especialmente de El Salvador. La ceremonia se celebró en El Sagrario (1ª Catedral). Los esposos hicieron viaje a Escuintla, acompañados de toda la plana mayor de poetas jóvenes y ya maduros de ese tiempo. En Escuintla hubo vino, cantos, improvisaciones, Palma, Conto, Proaño, Esaú Delgado, Vicente Acosta, salvadoreño, Joaquín Méndez y Palma, y en cuenta la suegra de Darío. Doña Manuelita Cañas. Está también el joven poeta costarricense Aquileo Echeverría.

Regresan los novios, Darío trabaja intensamente. Sabe que peligra la vida de su periódico. Pero la falta de fondos y la crisis política, hacen que se cierre su periódico. Darío se despide. Acepta las razones y busca nuevos horizontes. Hay en el país materia prima, poetas, periodistas y escritores y se lee. De ahí que, al despedirse en el Correo de la Tarde, dice: "¿Y qué les parece si editamos una revista eminentemente literaria?"

Todo quedó en sueño. El círculo se le cierra y tiene que partir para Costa Rica. Su esposa ha enfermado. Las economías se agotan. Y si bien Lainfiesta ha editado Azul —segunda edición—, apenas se vende. Y no propiamente para sostener a un hogar.

Adios dice Darío a Guatemala. El último número del Correo de la Tarde, salió el 5 de Julio de 1891. Ahí está en la Hemeroteca. Esta en Exhibición. Hojas amarillentas, hojas blancas, luz en todas partes. Por qué no pensar que estos ejemplares los tuvo Darío en sus manos. Allí, en sus columnas, está su alma, sus sueños. Su vida, si se quiere. Y en esas páginas están los pinitos de quien, después, fuera cronista de

fama universal: el guatemalteco Gómez Carrillo. Que si bien Darío hizo una renovación en el verso, Gómez Carrillo la hizo en la prosa.

En Costa Rica Darío vuelve a ser periodista para poder vivir. Trabaja en varios periódicos, pero al cabo de los meses, también se le angosta el horizonte. En Guatemala ha triunfado, para presidente el general José María Reyna Barrios, hombre viajado por Estados Unidos y Europa. Darío le dedica una crónica, con la esperanza de encontrar ambiente en Guatemala. Regresa en 1892, pero Reyna Barrios está en sus primeros pasos y no puede ayudar al poeta. Y en tanto que Darío espera, le llega su nombramiento para representar a Nicaragua en las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América. Toma pasaje y en Junio de 1892, aborda el barco Barracouta rumbo a Corinto con dirección a España.

En alta mar, Darío recuerda a Guatemala. A sus amigos, al primer hotel que le dio alero. La Unión, situado en la 9ª avenida y 8ª calle de la zona 1, al Hotel Universal, la Plaza de toros, a la cual concurren algunos domingos y que le inspirara su Tragedia del Toro, publicada en el Correo de la Tarde, recuerda a su esposa, tierna y noble, su mesa de trabajo en la planta de redacción de su periódico en la 8ª calle y 4ª avenida. Recuerda la noche de luna, cuando en la terraza del Castillo de San José, con Palma y como invitado del general Cayetano Sánchez, éste ordenó mover un cañón para derribar una torre de la catedral, tal su puntería, lo cual se evitó al calor de las copas y de las improvisaciones, recuerda su boda celebrada en Escuintla, piensa en el Cerrito del Carmen, paseo número uno en aquel entonces. Tiene pensamientos de cariño para Lainfiesta, que le editó su libro Azul, segunda edición, y para Barillas, que le ayudó fundando el periódico El Correo de la Tarde.

Pero va en alta mar. ¿Volverá a Guatemala? No lo sabe. Pero una voz profunda, que no sabe de dónde viene, responde: —Sí, volverás. Regresarás en 1915, buscando la tierra que te vio nacer. Volverás a los tuyos y pasarás por Guatemala.

Darío, sin estar dormido, despierta. Mueve la cabeza. Y, como sopla un viento fuerte, sale a cubierta. Todo es azul. Azul infinito como los cuentos de su libro. Todo el horizonte es mar. Y mar azul, sin fin, el cielo.

Soplaban los vientos de la violencia y corría el año de 1915. La guerra mundial, la primera gran guerra sembraba el dolor, el hambre y la devastación en Europa, pero principalmente en Francia. Los ejércitos alemanes avanzaban. Francia había movilizad a sus hombres. Artistas, profesionales, poetas, abandonaban sus actividades para dirigirse a los campos de batalla.

Y allá en Europa, principalmente en Francia, estaban muchos poetas y escritores latinoamericanos, Rubén Darío era uno de ellos, Gómez Carrillo, el guatemalteco, era otro. Rubén, poeta alado, con su verbo proyectado a la paz y además enfermo del alma y del cuerpo, no podía soportar aquella hecatombe. Y tuvo que emigrar, como pajarillo que, ante las inclemencias del tiempo, busca nuevos climas, busca el sol,

la primavera, el suave sol Gómez Carrillo, en cambio, más joven y más sano, se había internado en los campos de guerra como corresponsal de prensa

Darío, acompañado del poeta Alejandro Bermúdez, dejó Europa, y se dirigió a Estados Unidos, con la mirada puesta al horizonte centroamericano. En Estados Unidos Darío dio una conferencia en la Universidad de Columbia. Pero, ya no pudo dictar más. Apenas dio lectura, pues, a su poema PAX. La enfermedad lo minaba y hubo necesidad de recluirlo en un hospital, atacado de pulmonía doble.

En tanto, Diario de Centro América, del 29 de Marzo de 1915, daba la terrible noticia de que RUBÉN DARÍO ESTABA EN LA MISERIA. La noticia emanaba del periódico Figaro, de La Habana, recogido por la Prensa centroamericana y publicado por el Diario El Comercio de Managua. Se hacía ver que ante el desamparo en que se encontraba el poeta en Nueva York, el Congreso de Nicaragua había acordado darle mil dólares, y que antes el gobierno le había remitido doscientos. "La garra del infortunio estruja hoy a Darío. Solo, en un hospital, el poeta pasa revista a su vida".

El corresponsal informa que comerciantes de Nicaragua se disponen a reunir dinero para enviárselo al poeta. Haciendo alusión a que el Nueva York Times había informado que Darío "tenía proyectado venir a Guatemala, buscando su buen clima y la paz de nuestros campos, para luego escribir una novela absolutamente regional". De eso se lamentaba la mala suerte del poeta, pues cuando se dirigía a México, un poco antes, su gobierno le había cancelado las cartas credenciales para que asistiera a las fiestas de la Independencia de ese país, por lo que se había quedado anclado en Veracruz.

El 20 de Abril, Diario de Centro América informa que Darío viene a Guatemala y que llegará a Puerto Barrios al siguiente día. Se publica su fotografía y se dan datos de su vida y obra.

En la edición del día 22, aparece Darío vistiendo un sobretodo oscuro. Se le ve robusto, aunque decaído. Un sombrero de anchas alas le da personalidad absoluta. En la fotografía del poeta, se lee "A Darío de Centro América, homenaje y recuerdo de su antiguo colaborador".

La información da cuenta que poetas jóvenes y maduros, estudiantes profesionales, estuvieron a recibirlo en la estación de los ferrocarriles. Y el teniente coronel Eliseo T. Martínez, estuvo a recibirlo a nombre del presidente Estrada Cabrera y acto continuo, a bordo de un lujoso carruaje, lo condujo al hotel San Marcos 8ª avenida y 11 calle, zona 1.

Esa misma noche, un reportero de Diario de Centro América le hace una entrevista. Con Darío está su hijo Rubén Darío Contreras. Darío, responde:

—Yo he sido siempre sincero partidario de la paz. La idea de la matanza y el exterminio de razas y pueblos conturban mi espíritu. Yo estaba en París cuando estalló la guerra. Y la revista que dirigía, Mundial, suspendió sus labores y sus operarios salieron al frente de batalla. De esta manera, solo me quedé con la corresponsalía de La Nación, de Buenos Aires, la cual tengo desde hace 25 años.

Darío evoca a la Guatemala de 1890; aquella que le dio marco para editar su periódico El Correo de la Tarde. Ahora —dice la ciudad ha crecido. Se levantan nuevas construcciones, "Salí esta mañana a recorrer la ciudad. Vi a bellas colegialas, automóviles, carromatos conduciendo mercaderías. El ferrocarril pitaba y se dirigía a Barrios".

Respondiendo a otra pregunta, dice que no sabe cuanto tiempo estará en Guatemala. Pero advierte que sus médicos le han recomendado absoluto reposo. Que su novela —autobiográfica— Oro de Mayörcá, que venía publicando en la Nación, ha quedado en suspenso. Pero promete dar una conferencia en la escuela de Derecho. Finalmente, hace ver que luego, al encontrarse bien de salud, partirá a la Argentina. Promete, que escribirá algo especial para el Diario de Centro América.

Pasan unos días. No hay ninguna repercusión literaria ni noticiosa sobre Darío. Pero en la edición del 28 de Abril, aparece la firma de Darío, calzando un artículo intitulado AZUL.

Leámosle "Esta mañana de primavera me he puesto a hojear mi amado viejo libro, un libro primigenio, el que iniciara un movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias y lo hojeo como quien relee antiguas cartas de amor, con un cariño melancólico, con una saudade conmovida en el recuerdo de la lejana juventud".

Darío, en este artículo, recuerda a Chile a sus amigos, a sus sueños de juventud. Hace ver que Azul fue el origen de la novedad, del reciente conocimiento de los autores franceses del Parnaso, pues a la sazón la lucha simbolista apenas comenzaba en Francia y no era conocida en el extranjero y menos en nuestra América. Fue Catule Méndes —confiesa— mi verdadero iniciador, un Méndes traducido, pues mi francés todavía era precario.

Sigue "Acostumbrado al eterno clisé español del siglo de oro, y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses una mina literaria que explotar. La aplicación de una manera de objetivar, de ciertos modos sintácticos, de su aristocracia verbal al castellano (Flaubert, Paul Saint Víctor, Gautier). Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual. Y es que ya me sabía el diccionario de galicismo de Barat (de memoria). Así, comprendí no solo el galicismo oportuno, sino ciertas peculiaridades de otros idiomas, tan útiles y de una incomparable eficacia en un apropiado trasplante. Así mis conocimientos del inglés, del italiano, del latín, debían de servir más tarde al desenvolvimiento de mis propósitos literarios. Mi penetración en el mundo verbal francés no había comenzado en Chile. Un año atrás, en San Salvador y en compañía del buen poeta Gavidia, mi espíritu adolescente había explorado la inmensa selva de Víctor Hugo.

El Azul es para mí del color del sueño, del color del arte, un color helénico y homérico, color oceánico, el aeruleum que en Plinio es el calor simple que semeja al de los cielos y al zafiro. Concentré en ese calor célico, la floración espiritual de mi primavera artística".

Rubén enmudece por muchos días. No hay una sola cita, en largos días, de su permanencia en Guatemala. Tampoco él escribe ¡Nada! El lo ha dicho: está enfermo. Necesita reposo. Aparte, sabemos que cada día se hundía más en la bohemia. Vivía solo en medio de todos.

Pasan los días, las semanas, los meses. Y en siete meses, solo publica dos poemas. Uno dedicado a la madre del presidente Cabrera, doña Joaquina, y otro, dedicado a las Minervalias "Palas Athenea".

El poema "Mater Admirabilis", se publica en grabado, con el manuscrito del poeta. El otro, cubre toda la primera página del periódico.

Es un hermoso poema, pero el poeta tardó mucho en hacerlo, —como lo dice Arévalo Martínez— pues alguna palabra tenía que rimar con Cabrera, que era su protector.

Es tiempo de guerra. El periódico no trae literatura, la información de la guerra lo absorbe todo. Apenas uno que otro verso de Soto Hall, Rafael Piñol, Manuel Cabral, Rodolfo Gálvez Molina. Lo demás, aridez.

Los biógrafos de Darío, entre otros Rafael Arévala Martínez, que descubrió la fotografía del poeta en la Hemeroteca Nacional y recién colocó la primera piedra de lo que será la Plaza Darío, ha dicho que, publicado el poema a Cabrera, la soledad cubrió más la vida de Darío. Abandonado hasta por sus amigos poetas, se trasladó a una casita de la 10ª calle poniente. Todavía subsiste esa casa. Es la misma

donde estuvo preso Cabrera. Al parecer, no cayó su fachada para el terremoto. Allí lo llegó a ver muchas veces Arévalo Martínez. Darío entonces ya no vivía, enfermo, solo, aplacaba su nostalgia, su enfermedad con la presencia de su segunda esposa, Rosario Murillo y con un poco de Coñac.

Darío salió para su tierra a finales de 1915, en los primeros días de Diciembre. Pero, en el Diario de Centro América no hay una notita de despedida ¡Nada! Ni siquiera para decir que está enfermo y que marcha "al cementerio de su tierra natal". Buscamos hasta en la lista de pasajeros ¡Nada!

Qué diferencia cuando llegó y no había escrito el poema a las Minervalias. Carruaje de lujo, un apartamiento lujosamente amueblado y con la asistencia de criados y de servidores intelectuales a la orden de Cabrera.

Así pasó Rubén Darío por Guatemala. En la Guatemala de 1890, en la flor de su juventud, y en la Guatemala de 1915, cuando su otoño se marchitaba.

Pasó. Pero el ambiente quedó saturado de su inmortalidad. Hoy le hemos recordado en publicaciones de prensa, en conferencias, en la develación de su fotografía, se ha colocado una piedra para la Gran Plaza Darío, se le ha dado su nombre a una escuela.

Darío, nacido en Nicaragua, también dio nombre a Guatemala y de paso Centro América. No puede hablarse de Darío sin seguirle sus huellas de Guatemala. En una palabra, su tránsito por nuestra tierra.

EL CORREO DE LA TARDE

Herencia de RUBEN DARIO en Guatemala y joya preciosa de la Hemeroteca Nacional

RIGOBERTO BRAN AZMITIA

La Biblioteca Nacional, dependencia del Ministerio de Educación, fue la primera institución cultural del país que rindió homenaje a las glorias y memoria del insigne poeta Rubén Darío, hijo preclaro de Nicaragua y gloria inmortal de la Patria centroamericana como que habiendo nacido en la Tierra de los Lagos, hizo periodismo y literatura en El Salvador, Costa Rica y Guatemala, faltándole únicamente Honduras. Pero allí, en la Tierra de Valle, hizo viaje su madre y sin duda alguna, en esa tierra rindió tributo la autora de los días del celebrado bardo. El vientre, pues, que gestó al genio lírico, volvió a la tierra centroamericana, en el área hondureña para convertirse en rosas o bien para alimentar un pino.

Este homenaje, a manera de pica en el corazón literario centroamericano, tuvo verificativo el viernes 13 de Enero de 1967, a las 18 horas, en el salón Landívar de la Biblioteca Nacional. El licenciado José María Alemán, catedrático de la Facultad de Humanidades, tuvo a su cargo el enfoque crítico-literario del

poeta. Su conferencia se intitula "Cómo vio Rubén Darío a la Guatemala de 1890". Aparte, se descubrió una fotografía del aeda, con destino a la Galería de periodistas y escritores ilustres de la Hemeroteca Nacional. El ilustre poeta Rafael Arévalo Martínez, director Honorario de la Biblioteca Nacional y quien conoció a Darío, hizo el descubrimiento.

El nombre de Darío resuena al momento en el mundo entero, y con ese nombre, el de Nicaragua y también el de Centro América, pues sus biógrafos, obligadamente, le han seguido los pasos al poeta a través de sus andanzas por cuatro países hermanos, al preguntar por Honduras, caen en cuenta que su madre hizo viaje a esa República.

Guatemala no podía faltar en esta cita universal, puesto que Darío encontró alero para su afición de caminante y una ventana abierta para su inquietud intelectual. Llegó a Guatemala a los 22 años. Venía huyendo de San Salvador, donde la noche del 22 de

Junio de 1890, el general Carlos Ezeta, comandante de las tropas de Santa Ana, se había apoderado del gobierno, provocando, por una justa reacción ante la ingratitud, la muerte, por infarto cardíaco, del general Menéndez, su protector y presidente de la República. Darío, en su autobiografía cuenta que al despertarse en la mañana del 23, la sirvienta le informó que el general Menéndez había dejado de ser presidente, que había muerto y que el nuevo presidente era el general Ezeta. Deseoso de informarse, apenas tuvo tiempo para vestirse, salió a la calle, donde encontró sangre y cadáveres, por lo que penetró al hotel "Nuevo Mundo". Allí, con la cara fruncida, estaba un hombre, quien, ebrio, sacó el revólver y le dijo —Diga ¡viva el general Ezeta! —Sí señor, le contestó, —¡Viva el general Ezeta! —Así se hace —exclamó el hombre, y guardó el revólver.

Darío no esperó más. Como se había casado dos días antes, buscó a su esposa, a quien le refirió todo. Ocurría que en el palacio se daba un baile de gala. De repente sonaron las balas, la guardia del palacio se batía con el mandó del general Ezeta. Y la hija mayor del presidente, Teresa, gritaba —Que llamen a Carlos (Ezeta), él tranquilizará la situación, dominará todo esto —Señorita —le contestó alguien— es el general quien se ha sublevado.

Cuando el general Menéndez salió para indagar, tomó su sable y comenzó a dar órdenes, un jefe le dijo que su protegido, el general Ezeta, era el sublevado. El presidente se llevó la mano al corazón y cayó en las gradas. Ezeta le era tan querido como un hijo.

Rubén Darío no podía permanecer en aquel sitio. Su alma de poeta se sublevaba ante la ingratitud humana. Y sin más, se trasladó al puerto de La Libertad para tomar pasaje hacia Guatemala. Pero al momento en que se disponía a partir, se le dijo que de orden de Ezeta no podía salir, que el nuevo presidente lo necesitaba. Darío movió cielo y tierra, dijo que su viaje a Guatemala era por unos días, se pronunció abiertamente ezetista. Y después de larga espera se le permitió partir.

Su arribo a Guatemala causó conmoción. Y como se sabía que venía de El Salvador, fue localizado por la guardia presidencial e invitado a visitar al presidente Barillas, quien ya tenía alguna información de lo que ocurría en el hermano país. Barillas era amigo del presidente Menéndez. Cuando Darío penetró al salón presidencial, el general Barillas le preguntó —¿Es usted el señor Rubén Darío? Ante la afirmativa Barillas le dijo —¿Es usted también de los que andan diciendo que el general Menéndez no ha sido asesinado? Darío le refirió lo que sabía y había visto. Pero Barillas le replicó —¿Y no sabe usted que tengo en la penitenciaría a propaladores de esa falsa noticia? —Señor —díjole Darío —El general Menéndez ha muerto de un ataque cardíaco, al parecer, pero si no ha sido asesinado con bala o puñal, le ha dado muerte la ingratitud, la infamia del general Ezeta, que ha cometido un verdadero parricidio.

Barillas se tranquilizó y acto seguido le pidió a Darío que escribiera un reportaje de la muerte del general Menéndez y que enseguida viera al Ministro de Relaciones Exteriores y al Ministro de Hacienda. Al

siguiente, aparecía en el Diario de Centro América el sensacional reportaje "La Historia negra". Ezeta leyó el reportaje, y dijo —¡Y pensar que yo hubiera hecho rico a Rubén Darío si no comete el disparate de escribir en contra mía.

De la entrevista con los Ministros de Hacienda y Relaciones Exteriores, Darío sacó una oferta: la publicación de un diario semioficial. Sería director y propietario. Así nació El Correo de la Tarde, hilaza de oro, benemérito periódico, cuyo tomo —faltándole algunos números— guarda y resguarda la Hemeroteca Nacional. Salió el primer número el 8 de Diciembre de 1890, con cuatro páginas grandes. La imprenta La Unión, cuyo propietario era el influyente político y literato Francisco Lainfiesta, se hace cargo de la impresión. Esta imprenta, de largo y fecundo historial, estaba instalada en la 8ª calle y 4ª avenida de la zona 1, esquina donde hoy funcionan La Tesorería Nacional y contiguo con las Rutas Lima. Con Darío están el jovencito Enrique Gómez Carrillo, José Tible Machado, Administrador Julio César Fortín, quien, cuando falta Rubén, por su bohemia literaria, se encarga de hacer los editoriales. Darío, en sus memorias dice que hizo del Correo de la Tarde "una especie de revista literaria". Pero revisando el Correo de la Tarde, se aprecia que se trataba de todo: política (puesto que era semioficial), industria, comercio, notas de sociedad, literatura y lo que escaseaba en otros periódicos de la época: Anuncio. Y el Diario de Rubén tenía bastante publicidad.

El Correo de la Tarde vivió del 8 de Diciembre de 1890 al 5 de Junio de 1891. Murió por enfermedad crónica: por su oficialismo, por falta de fondos y por crisis ministerial. Al despedirse, hace ver que "al público no le decimos adiós, sino hasta luego. . . Y, díganme, a propósito: ¿qué les parecería apareciese pronto una buena revista esencialmente literaria?". En eso se quedó en un propósito. Al morir El Correo, Darío tuvo que hacer viaje a Costa Rica.

Pero, ¿qué otra cosa, fuera de su periódico hizo Darío en Guatemala durante el año que estuvo entre nosotros? Se dedicó a vivir. A vivir y a soñar. Y también se casó por la Iglesia católica. Sus biógrafos, entre los más acertados: Alemán Bolaños y Edelberto Torres, dan amplia información de su casamiento. La boda civil fue en San Salvador, la religiosa en Guatemala. Sus padrinos fueron varios distinguidos guatemaltecos, uno de ellos, don Fernando Cruz. Y dos más: los poetas José Joaquín Palma y Francisco Lainfiesta. La boda se celebra en la parroquia de El Sagrario. Y la pareja, acompañada de sus amigos parte después a Escuintla. Rafaelita Contreras —que ese era el nombre de su esposa—, le ama. Y como Darío, escribe.

En Escuintla se da el gran banquete. Acuden sus más íntimos amigos: Palma, José Leonard (maestro polaco), Joaquín Méndez, César Canto, político y poeta colombiano, Esaú Delgado, quien escribió la crónica del matrimonio y de la fiesta, el ecuatoriano Federico Proaño, émulo de Montalvo, Vicente Acosta, trovador salvadoreño y su propia suegra, Manuela Cañas. Todos los presentes hablan; lo hacen en verso y prosa, improvisando.

Regresan a la capital. Hacen hogar formalmente y aquí, en la nueva Guatemala de la Asunción, la esposa de Darío le dice que tendrá un hijo. Al morir El Correo de la Tarde, el poeta pasa penalidades. Sus amigos le ayudan, pero no lo suficiente, pues no puede vivir de literatura y menos con la venta de su libro Azul, segunda edición, hecha en Guatemala. Y ante la amenaza de la penuria, Darío decide partir hacia Costa Rica, y se embarca en el puerto de San José, en los primeros días de Agosto de 1891.

Darío escribió, aparte de hacerlo en su periódico El Correo de la Tarde, en el Diario de Centro América y en El Imparcial, que dirigía Mulet Chambo, el abuelo de don Augusto, y en otras publicaciones esporádicas, pero sin mayor importancia.

Hay una anécdota de Darío, vivida en Guatemala y contada por él mismo, que conviene repetirla. Una noche, en el fuerte de San José (hoy Teatro Nacional) Darío sin saberlo ni sentirlo, estaba con el general Cayetano Sánchez, nada menos que en la mera eminencia del fuerte. Le acompañaban Palma y Leonard. Hacía de anfitrión el general Toledo, quien por vez primera le dio a probar a Darío el "Chojín". Se bebía copiosamente, la luna era esplendente y su luz bañaba toda la ciudad, pero especialmente las torres de la catedral. De repente, el general Sánchez, jefe del fuerte, dispuso tirar al blanco. —¿Ven esas torres? —dijo— ¿Cuál de todas? preguntaron los invitados. —Esas, las de la catedral. —Sí. Pues, bueno. Dispararé y a la primera las derribaré. Diciéndolo y moviendo la pieza 75, acaso las mismas que ahora adornan la cima del otrora castillo. Y cuando don Cayetano se disponía a disparar el primer cañonazo, Palma le dijo que se esperara, que bien valía improvisar unos versos. Y entre improvisaciones y tragos, don Cayetano se fue quedando dormido. "Así se libró Guatemala de ser despertada a medianoche a cañonazos de buen humor." (Palabras de Darío).

En Costa Rica, nació el hijo que Rubén engendró en Guatemala. Y si bien en Costa Rica tuvo calurosa acogida, también pasó trabajos, por lo que dispuso dejar a su esposa y a su hijo, para retornar a Guatemala, ya en época de Reina Barrios, a quien le había dedicado un artículo. Pero Reina Barrios confrontaba problemas y Darío no encontró apoyo. Pero la suerte vino a su encuentro y recibió un telegrama. Se trataba que el presidente Sacasa, de Nicaragua, le había nombrado miembro de la misión que Nicaragua enviaba a España, con ocasión del centenario del descubrimiento de América. En Junio de 1892, Darío se encamina al puerto de San José y se embarca en el vapor Barracouta, rumbo a la madre patria.

La vida de Darío ha sido reseñada por él mismo. Lo han hecho también centenares de biógrafos, los más acertados. Edelberto Torres, Marcelo Jover, Francisco Contreras, Alemán Bolaños. Algunos guatemaltecos, asimismo, han señalado pasajes de su vida en Guatemala, principalmente cuando, en 1915, se dirigía a su país y se hospedó en el Hotel San Marcos, todavía de pie en la 8ª avenida y 11 calle.

Arévalo Martínez habla de Darío en su libro "Honduras", Flavio Herrera, en su obra "20 Rábulas

en Flux". Y más hay en las crónicas de la época. Como se sabe, Darío, ya enfermo, fue invitado por el presidente Cabrera a visitar Guatemala. Dejó Estados Unidos y vino a Guatemala. Venía muy enfermo. En Abril de 1915 desembarca en Puerto Barrios. La noticia de su arribo a Guatemala mueve y conmueve a los círculos políticos e intelectuales. La intelectualidad joven del país lo acoge con aplauso. Pero, Darío viene muy enfermo. Cabrera ha dado órdenes de que se le atienda, espera que Darío le escriba un soneto. Darío alarga el tiempo, y el soneto no brota. Pero el 23 de Agosto es coaccionado a escribir un verso para doña Joaquina, la madre de Cabrera. Y luego le piden otro poema para las fiestas de Minerva. Lo hace y es leído en el Templo de Minerva.

Darío ya no soporta, sin duda, ante el acoso, ofrece escribir un libro sobre Guatemala. "La Tierra del Quetzal". Escribe unos párrafos pero su enfermedad no le deja ir más adelante. Con todo, tiene que seguir adelante. Y como es llamado por sus amigos de Nicaragua, lentamente le dice a dios a Guatemala "Voy en busca del cementerio de mi tierra natal", le escribe a Gómez Carrillo. Y, adelantándose a la Canción de la vida profunda, de Barba Jacob, parte para su Nicaragua natal. ¡Ya nadie lo puede detener! Es el llamado de la tierra y el de la muerte. Pero no la muerte del poeta, sino del hombre Darío, a cien años de haber nacido, es una luz en el mundo. Y una luz que comienza en Nicaragua y abarca a toda Centro América.

Guatemala, repetimos, también está en deuda con Darío. Darío vivió entre nosotros dos años en 1890-91 y 1892 y en 1915. ¡Dos años de su luminosa vida!

Nos dejó su Correo de la Tarde, parte de su obra, la segunda edición de Azul. Y esto ha sido bastante para que en la perennidad de su nombre, se cite constantemente a Guatemala.

La Biblioteca Nacional, sin duda alguna, le acogió en su seno.

No hay duda que acudió a ella. Que Palma, su director le invitaba a visitarle. Y que en la vieja y benemérita sala de la 10ª calle —hoy Salón de honor de la Facultad de Derecho—, Darío pasó largas y amenas horas. Y algo más que muchos de los libros de la Biblioteca estuvieron en sus manos, pues Darío era incansable en leer. Ante este recuerdo, la Biblioteca Nacional le rendirá homenaje. Y su fotografía quedará en la Hemeroteca Nacional, como una luz permanente, ya que tendrá como pedestal la edición príncipe de El Corero de la Tarde, ejemplar único en Centro América, que se sepa, puesto que no hace mucho, estuvo en la Hemeroteca el doctor Alberto Bendaña, director del Archivo Nacional de Nicaragua, para obtener fotocopias.

En otro lugar de esta revista reproducimos integralmente el saludo de El Correo de la Tarde, y también el último adiós. Sin la visión política del general Barillas, que se convirtió en enemigo de los hermanos Ezeta, el Correo de la Tarde no hubiera salido. Quizá Darío hubiera pasado de largo, vuelto a El Salvador. Pero Darío no quiso hacerse rico y prefirió escribir "La Historia Negra".